

76: Trabajo Inteligente - La Carrera Perfecta

“No.”

Mientras observaba el rostro del CEO de Dynamis en la pantalla de su ordenador, Ryan acariciaba las orejas de su gato. La videollamada de la conferencia G2 no progresaba bien. “Creo que he malentendido, señor Manada.”

“Dije que no,” respondió Héctor, ambos usando un canal seguro para comunicarse. “No más copias falsificadas. Mi acuerdo fue con sus predecesores, y su desaparición cambia todo.”

“Por supuesto que podemos continuar desde donde lo dejaron.”

“Escúchame bien, pequeño bribón,” dijo el CEO, perdiendo casi por completo su calma. “Sé que te reuniste con los Augusti y convenciste de un acuerdo de paz. Psyshock manipuló a personas en mi personal, dentro de mi propia casa. Tus hombres no entregaron lo prometido y me traicionaron. Entonces, ¿por qué debería honrar mi parte del trato?”

¿Cómo sabía él sobre la reunión con Livia? Ryan había hecho todo lo posible por mantenerlo en secreto. Tal vez el CEO contaba con un sistema avanzando de vigilancia, o con dobleagentes entre los Augusti. Quizás ambas cosas.

En cuanto a su reacción... Ryan pensó que la alianza entre Dynamis y la Meta-Gang se había desplomado en el pasado porque la muerte de Psyshock arruinó el proyecto de copiar cerebros, pero estaba equivocado. En realidad, el raptador cerebral había iniciado una lenta y insidiosa toma de control de Dynamis, lavando el cerebro de empleados y directivos uno a uno. La muerte de Psypsy había revelado su traición, y hizo que Héctor Manada se enterara de las verdaderas y siniestras intenciones de la Meta-Gang.

Si tan solo no hubiera sido tan avaricioso al contratarlos en primer lugar...

“Entonces, supongo que revelaré las grabaciones de sus conversaciones con la administración anterior,” dijo Ryan, al darse cuenta de que no podía mantener la vieja conexión de energía. “Porque ellos mantenían grabaciones.”

Héctor frunció el ceño. “¿Me estás chantajeando, señor Romano?”

“Prefiero el término plata o plomo, señor Escobar,” respondió Ryan, quien siempre había pensado que el CEO parecía un líder de cárteles colombianos.

“Entonces estás disparando en vano. Un escándalo me costará menos cubrir que otra entrega falsificada.”

“Quizá tu competencia—”

“Ambos sabemos que Augusto nunca perdonará los ataques a su territorio, incluso si tú te sometes a él. Tu grupo firmó su sentencia de muerte en el momento en que agitaste la colmena de avispa.”

Por eso contrató a la Meta-Gang, en primer lugar. Eran los únicos genomas lo suficientemente locos como para enfrentarse a los Augusti a pesar de las consecuencias mortales, salvo el Carnaval. Aún así, Ryan guardaba una última carta en la manga. “Entonces, debería revelar lo que hay dentro de tus copias falsificadas. Estoy seguro de que a tus hombres les encantaría comprar un Psycho-en-lata.”

Ryan tenía que reconocer que el hombre tenía un buen rostro de póker. Pero el mensajero podía notar la tensión en su mirada. “No tengo ni idea de qué estás hablando.”

“Sé lo que tú y tu mascota escalie guardan en el Laboratorio Sesenta y Seis.”

“No, no lo sabes.”

Maldita sea, no mordía el pez. A pesar de sus fallos, Héctor Manada era lo suficientemente cauteloso como para no revelar información verdaderamente incriminatoria. A diferencia de Psyshock, sabía cómo afrontar las amenazas. “En la corriente sanguínea.”

“Eso es ridículo,” respondió Héctor con una sonrisa arrogante que provocaría golpes. “¿Tienes alguna prueba?”

“He analizado las copias falsificadas,” mintió Ryan. “Puedo publicar los resultados.”

El CEO no le creyó, o al menos no completamente. Pero el mensajero pudo notar que había llegado cerca del propósito. Existía una conexión entre las copias y Bloodstream, por mucho que Ryan odiara admitirlo.

“Muchos han intentado desacreditar nuestro trabajo, y sin embargo seguimos en pie.” Héctor Manada juntó las manos. “Aquí está mi única oferta, señor Romano: tú te quedas con las copias falsificadas, liberas a mis técnicos, devuelves mi tecnología y te largas en cuarenta y ocho horas sin causar disturbios. Mantendrás en secreto este acuerdo hasta la tumba, y yo te dejaré ir. Este experimento será considerado un fracaso en conjunto, pero quizás podamos hacer otro trato en el futuro.”

Sí, claro. “¿Y qué pasa si no me declaro en bancarrota?”

—Entonces responderé con fuerza —afirmó Héctor sin rodeos—. Enrique y Wyvern me han acosado para enviar a Il Migliore a sacarte de Rust Town. Mi aprobación es lo único que se interpone entre tú y la destrucción total.

Vaya, otro gran negocio amenazando al gobierno. Casi hizo que Ryan quisiera ser socialista. “Voy a considerar tu oferta.”

—48 horas, señor Romano. Ni una más, ni una menos —dijo la voz firme.

Ryan cortó la comunicación, y Sarin entró en la oficina oval poco después. —¿Y? —preguntó—. ¿Cómo te fue?

—Todo avanza según lo planeado —respondió Ryan con un tono siniestro, mientras Eugène-Henry ronroneaba en su regazo—. Héctor Manada cayó en una trampa sin siquiera darse cuenta, y el mensajero ha garantizado dos días de no interferencia. ¿Todos listos para la operación? Vamos a invadir el núcleo o moriremos en el intento.

—Sí, pero hay gente nueva en la entrada del Chatarra. Se parecen a las descripciones que nos diste del tipo inteligente y su hija robot, por eso Gemini no disparó al verlos —comentó Sarin.

¿Alchemo ya había llegado a Nueva Roma? Debió dejarlo todo y partir justo después de que Ryan le hizo la llamada. —Llévalos al hangar, Señorita Vicepresidenta —ordenó.

—Debo preguntar: ¿estás seguro de lo que haces, verdad? —preguntó Hazmat Girl, algo preocupada—. Es que, aunque perdamos personal, pronto nos quedaremos sin energía. Realmente no quieres que los demás vean que fallaron en su disparo.

Habiendo vivido con Bloodstream durante años, Ryan tenía una idea bastante clara de cómo terminaría todo.

Dejando a Eugène-Henry en la oficina oval, el presidente se dirigió hacia el hangar, solo para encontrarse con un conejito de peluche en un pasillo. Las criaturas terribles habían aumentado en número últimamente, y sin niños con quienes vincularse...

—¡Juguemos afuera! —solicitó el juguete poseído, saltando frente a los pies de Ryan.

—No —dijo el presidente, pero la aberración no le hizo caso.

—¡Juguemos afuera! —insistió el peluche, mientras una de sus patas revelaba una navaja.

—Todavía no —respondió Ryan, mientras la promesa de destrucción futura calmaba a la bestia de los tiempos apocalípticos.

Al llegar al hangar, Ryan encontró a Frank arrastrando un viejo Fleetwood Bounder de 1986 justo al lado del mech Mechron sin uso. Alchemo y la Muñeca salieron de él, bajo la atenta mirada de Sarin.

—Cuidado, ¡tengo equipo valioso en la parte trasera! —dijo Alchemo, que seguía siendo el mismo cyborg de bronce y acero, con un cerebro en un frasco como cabeza y jeringas en los dedos—. Me costó mucho mantener la compostura frente al traidor, mientras le exigía a Frank que no manejara con tanto descuido su automóvil.

Su hija androide, Tea, alias la Muñeca, había cambiado un poco. Seguía siendo una hermosa pelirroja vestida como la típica chica del campo, aunque ahora cubría sus brazos con piel sintética, logrando un aspecto verdaderamente realista. Si Ryan no supiera su verdadera naturaleza, podría haberla confundido con una humana de carne y hueso.

Y ella lo miró con furia en cuanto lo vio.

—¡Todo despejado, señor presidente! —saludó Frank, haciendo una seña militar—. ¡Sus invitados han llegado!

—Buen trabajo, Agente Frank —lo felicitó Ryan, mientras la Muñeca se acercaba a él—. Hola, Tea, hace mucho que no nos vemos—

Ella le dio una bofetada con tanta fuerza que lo hizo estremecerse.

Sarin se preparó para reducir a la sutileza a Tea, mientras Frank, furioso, daba un paso adelante. —Espera, espera, ¡está bien! —calmó Ryan a sus guardaespaldas con la mano levantada—. ¡Es mi ex! ¡Puede hacer eso!

— ¡Oh, ella fue una ex primera dama? —preguntó Frank, respirando aliviado de inmediato—. Una verdadera chica del campo, señor Presidente. Me recuerda a mi tierra natal, Texas, y a esos viejos tiempos encantadores...

— Tú... —Tea lo miró fijamente—. ¿No has dicho ni una palabra en dos años, y esto es todo lo que tienes para decir? ¿Mucho tiempo sin verte?

Ryan suspiró, masajeándose la mejilla. Podría haber teletransportado su cuerpo en el momento justo, pero una parte de él sentía que lo merecía. —¿Eso realmente era necesario?

— Eso es todo lo que merecías —dijo Alchemo con sequedad.

—Ryan, entiendo que puedas tener tus razones para habernos abandonado. Siempre fuiste un espíritu libre, y eso es lo que más quería de ti —Tea cruzó los brazos—. Pero ni siquiera nos escribiste.

Bueno... Ryan sí envió cartas alguna vez, preguntando cómo iba su vaca robótica, solo para recibir una respuesta desconcertada. Resulta que había mencionado eventos borrados en un ciclo anterior, y cosas que nunca llegaron a construirse en la última versión.

La revelación lo aplastó tanto que también borró esa línea temporal.

Por desgracia, Ryan conocía mucho más a Doll que ella a él. Había aprendido todo sobre su pasado, sobre sus gustos, sobre sus odios... habían hecho todas las cosas que Tea soñaba con hacer, como visitar Francia, pero ella solo recordaba una fracción de sus experiencias compartidas. Desde su perspectiva, Ryan y ella tuvieron un breve romance; desde la suya, habían estado juntos durante años.

Y, al igual que el dolor que le causó que Jasmine lo olvidara, Ryan simplemente no podía soportar llevar solo el peso de un pasado compartido, especialmente después de la traición de Braindead. Así que se fue y trató de olvidar.

Y sin embargo... cuando la miraba, Ryan comprendió que algunas personas a las que dejó atrás se habían preocupado por él. Que el poco tiempo que recordaban haber pasado con el mensajero había significado algo. Y eso le llenaba de arrepentimiento.

— Lo siento —dijo Ryan, sin saber qué más decir—. Sinceramente, lo siento.

— Eso es un comienzo —comentó Tea, suavizando un poco su expresión—. Pero tienes muchas cosas que explicarnos. ¿Qué haces con estos monstruos?

— Oye, que no soy un lata fingiendo ser humano —gruñó Sarin, ignorada por la muñeca—.

— Eres miembro de la Meta-Banda —dijo Alchemo desdeñoso—. En realidad, la única razón por la que estamos aquí es porque le debo un favor a esa desperdicio biológico llamada Violet. Ni siquiera entiendo por qué trabaja contigo.

— Sí, Ryan, ¿no decías que odiabas a los Psicópatas? —preguntó Tea, algo preocupada por su bienestar—. Ellos... ¿no te obligan a trabajar con ellos?

Sarin bufó con sarcasmo. — Lo tienes al revés.

— Nadie controla a los Estados Unidos —añadió Frank—. Nosotros arrestamos a nuestros señores alienígenas y los sometimos.

— Gané una guerra civil para gobernar esta gran nación —dijo Ryan—. Ahora intento encontrar una cura para la condición Psíquica... y, ante todo, ayudar a un amigo en apuros.

Mientras la muñeca mostraba inmediatamente preocupación, las palabras de Ryan solo despertaron la curiosidad científica de Alchemo. — ¿Una cura para los Psicópatas?, preguntó.

— Está bien, Ryan, confiaré en ti. Por viejos tiempos —Tea se puso las manos en la cintura—. Pero aún tienes que pedirle perdón a una persona.

El mensajero miró la minivan. — ¿Está adentro?

— Sí —respondió Tea, con suma seriedad—, sí lo está.

Ryan respiró profundo y apartó con cuidado las puertas traseras de la camioneta.

Como era de esperar, Alchemo había traído buena parte de su taller: ordenadores de materia gris, frascos multicolores de contenido dudoso, escáneres cerebrales en miniatura... e incluso una tostadora. Ryan la observó, notando que llevaba cuatro pequeñas ruedas que la impulsaban hacia adelante.

El diminuto objeto se desplazaba hacia el borde del coche, enfrentándose al mensajero.

“Hola, Ryan,” la vocalizadora de la tostadora imitó la voz de Terminator, interpretada por Schwarzenegger.

“Hola, Toasty.” Ryan podía sentir las miradas de los demás clavadas en su espalda. Esto era incómodo. “¿Ahora tienes ruedas?”

“Sí, Tea las instaló cuando me cansé de ver televisión todo el día.” A diferencia de los demás, en la voz de la tostadora no se percibía ninguna reproche. “Dos años, Ryan. Dos años. Espero que hayas tostado muchas chicas en ese tiempo, porque yo no logré ninguna.”

“Sí, ser tostadora probablemente reduce tus oportunidades,” reflexionó el mensajero.

“Eso, todavía la misma vieja y ableísta actitud.” La tostadora hizo un clic. “Maldita sea, te extrañé, amigo. Amo la vida en la granja, pero tú aportaste una cierta je-ne-sais-quoi.”

Sarin seguía mirando entre la tostadora y Ryan, completamente sin palabras. “¿Qué, pensaste que el peluche era mi primera creación? ¿Que era un maná-maná de un solo truco?” soltó el mensajero con tono seco. “Pasé por una fase de construcción de robots.”

“Sí, cuando me hicieron fue como raspar el fondo del barril,” dijo Toasty mientras salía del coche y se dirigía al suelo del búnker. “Un consejo, no lo dejes hacer arreglos en camiseta. Pasarás días recogiendo los restos.”

“Creaste un tostador inteligente.” Sarin miró con escepticismo a la creación de Ryan. “¿Por qué un tostador?”

“Siento que me están juzgando ahora mismo,” dijo Toasty.

“En un momento de mi vida quise establecerme en Francia,” explicó Ryan, “mi mayor ansiedad era despertarme con mucho pan... y sin manera de tostarlo.”

Sarin se llevó una mano a la máscara de gas sin decir palabra. “¿Sabes qué? Ya no me importa.”

“¡Eso ni siquiera es lo peor que hizo!” estalló Braindead, con un rencor que llevaba años acumulando. “¡Ese idiota dotó a mi constructo centinela de genitales y luego dejó sus fluidos corporales sucios en todas partes!”

“Está bien, papá, tengo un procedimiento de limpieza,” contestó la Muñeca, sin mostrar ninguna vergüenza ante la exclamación abierta. “Ya hablamos de esto.”

“¿Dormiste con un robot?” preguntó Sarin a Ryan, por fin conectando las piezas del rompecabezas.

“Dormí con todo y con todos.” Aunque al final, tras siglos de experimentación, Ryan descubrió que en su mayoría se sentía atraído por mujeres con forma humana. La mensajera no diría que no a una nueva experiencia, como Darkling, pero claramente tenía debilidad por las Genius femeninas

más bajitas que él. “Incluso la equipé con una—”

“De todos modos, una base Mechron, ¿verdad?” Alchemo cambió de tema, reconociendo al instante el bunker por lo que era. “¿Pasaste de ser vendedor de drogas a terrorista mientras no miraba?”

“No es terrorismo cuando lo hace nuestro país,” replicó Frank. “Es una intervención armada.”

“Oh, genial, ¡un mecha!” Toasty se lanzó frente a la máquina guerrera escorpión de Mechron. “¿Podrías subir mi matriz de personalidad a esa cosa? Quiero decir, un robot gigante no es más que una tostadora con demasiado poder. ¡Tiene que serlo, cariño!”

“¿Es por eso que necesitas mi genio ilimitado?” preguntó Alchemo a Ryan, mientras la tostadora se desplazaba alegremente por el mecha. “¿Para hacer otra broma?”

“No,” contestó secamente el mensajero. “Como dije, un amigo necesita ayuda.”

Alchemo y su hija intercambiaron miradas, su actitud cambiando de enfado a preocupación. “Enséñame,” pidió la genio.

Tras hacerse con el control de la Meta-Gang, Ryan transfirió a Len a la enfermería, transformando ese lugar de línea de montaje de lavado de cerebro de Psyshock en una verdadera unidad médica. Su amiga en coma dormía en una camilla de operaciones, conectada a un respirador justo junto a la tecnología de copia cerebral de Dynamis. Ella lucía tan tranquila en su sueño...

Lamentablemente, la otra paciente en la habitación era insoportablemente ruidosa.

—¡Ladrón, te mataré! —gritó Acid Rain, resistiéndose a sus ataduras, sujeta a una mesa de operaciones. —¡Escaparé, y cuando lo consiga, te arrancaré en pedazos! ¡Te abriré la entraña para abrir la puerta!

—Hmm, típico Psicópata —comentó Alchemo, levantando un dispositivo de escaneo portátil hacia su cabeza, con la información apareciendo en la superficie de su cabeza en forma de cúpula.

—Como era de esperarse, su cerebro alberga una desagradable masa de tumores y neuronas mutantes. Me sorprende que aún pueda hablar.

—Cada vez es más difícil sedarla, Jefe —advertía Sarin a Ryan—. Creo que está desarrollando tolerancia.

—¡Te mataré! —gruñó Acid Rain al mensajero. —¡Me alejas de ellos! ¡A todos! Si no fuera por ti, volvería, ¡podría volver! ¡Podría volver totalmente a—

Alchemo le propinó un golpe en el cuello con tres dedos-tubo, inyectándole líquidos de colores. Acid Rain soltó un gruñido salvaje mientras sus venas se volvían verdes de la transfusión intravenosa, antes de que su voz se extinguiera en su garganta. Unos segundos después, su mirada se tornó vacía y sin vida.

—Sabes, si quisieras practicar la eutanasia, hay un hogar de retiro a dos distritos de aquí —le dijo Ryan a Braindead.

—Le administré un tratamiento contra el cáncer cerebral y estabilizadores del estado de ánimo —explicó Alchemo. No podía entender la comedia negra. —Eliminarán los tumores malignos, estabilizarán sus humores y repararán las neuronas dañadas. Será una solución temporal, siempre que su condición de Psico siga generando nuevas mutaciones, pero debería mantener su mente estable por un tiempo.

—Huh... —Sarin cruzó los brazos—. ¿Podrías hacer lo mismo con Mongrel? La sustancia también arruinó su cerebro bastante mal.

—Pensé que no te importaba ayudar a los demás —dijo Ryan, recordando cómo Alchemo había colaborado con sus planes de cartel de drogas, pero nunca se interesó realmente en curar enfermedades.

—Nunca lo hice —admitió Braindead—. Pero la Muñeca me obligó a ello.

—Pensé que queríamos devolver algo al mundo —dijo la gynoide con una sonrisa y un gesto de satisfacción—. Tantos sufren debido a tumores causados por las plagas de Mechron, así que pedí a papá que inventara una cura.

—Además, salvar mis neurocomputadoras del Alzheimer y problemas similares siempre fue una de mis prioridades —agregó Alchemo, adentrándose más en sus pensamientos—. Así tenía muchos más sujetos de prueba.

Sí, aún era ese mismo científico loco sin ética. Al menos, la Muñeca actuaba como su campanilla de Grim, recordándole qué era correcto.

Ryan miró a Len, que todavía yacía inconsciente. —¿Podrías curar su depresión?

—Puedo tratar los problemas fisiológicos asociados al síndrome, como el desequilibrio químico, pero no las raíces psicológicas. No soy psiquiatra y no tengo tiempo para escuchar quejosos.

Aún así, si Shortie lograba evitar depender de antidepresivos, quizás... quizás finalmente podría sanar.

Tea no perdió de vista la mirada persistente que envió a Len. —¿Es ella... —preguntó.

—Es ella, sí —confirmó Ryan, mientras la Muñeca observaba a la chica inconsciente con interés—. Len.

—Viniste a esta ciudad para encontrarla, ¿verdad? Por eso te fuiste. Después de todo este tiempo, aún querías reencontrarte con tu amiga —susurró la gynoide, tomando suavemente la mano de Len con la suya—. Ella parece tan fría, pobrecita...

—Mmm... —Alchemo examinaba al Génio en coma con su escáner—. Alguien intentó repetidamente reescribir sus patrones cerebrales en un corto período, agotando sus neuronas hasta un apagón casi total. No despertará por sí misma, te lo aseguro.

Ryan se tensó, aunque no le sorprendía.

—Tenemos una copia de su mente —Livia envió el archivo, aunque suplicaba por un método mejor para guardar la información; un mapa cerebral que copiera una mente humana requería muchas líneas de código. Se esforzó en teclear el contenido, y aún así Ryan sospechaba que su poder había ayudado mucho en el proceso. —¿Podrías repararla con esto?

“¿Cuál es el propósito de sobrescribir la mente de alguien con la propia?” preguntó Alchemo con escepticismo, antes de decidir que no le importaba. “¿Tienes el dispositivo que origina estos problemas en primer lugar?”

Ryan señaló con un dedo la tecnología cerebral de Dynamis, dejando que el Genio la examinara en detalle. No parecía muy impresionado. “Mmm... ya veo... muy sutil, sí,” dijo Braindead mientras inspeccionaba el casco del sistema, “el sistema está lleno de trampas, y corromperá el nuevo patrón durante la sobrescritura con elementos foráneos...”

“¿Puedes repararlo?” preguntó Ryan.

“No,” respondió Braindead con franqueza. “El sabotaje afecta las partes esenciales de la máquina. Sin embargo...”

“¿Pero qué?” el mensajero levantó la cabeza con esperanza.

“Pero puedo invertir el diseño de esta máquina y crear una propia. Que funcione correctamente.” Alchemo miró las paredes de la enfermería, como si buscara una cámara oculta o un plan. “¿Hay un taller de Geniuses en esta base? Conociendo a Mechron, seguramente tiene algún replicador de materia ensamblado en algún lugar.”

“Sí, hay uno,” dijo Ryan recordándolo de los planos. “Un cerebro biomecánico azul controla la base. Nuestra intención es forzar nuestra entrada en el sistema central y tomar el control.”

“Un U.B.,” adivinó Alchemo. “Un Cerebro Universal. El dispositivo definitivo de almacenamiento de datos biomecánicos. Siempre intenté construir uno, pero nunca tuve los recursos suficientes.”

Decía algo sobre Mechron: que era mejor que la mayoría de los Geniuses en su propia especialidad. “¿Podrías secuestrarlo?” preguntó Ryan. No tenía intención de hacerlo sin la ayuda de Alchemo, pero si el Genio había cambiado de actitud...

“Si puedo acceder a él, sí. Supongo que no será fácil,” afirmó.

Big Fat Adam logró hacerlo en dos ocasiones, según lo que Ryan sabía, aunque a costa de enviar una gran cantidad de personas contra las defensas. El análisis estructural de Nora debería permitirles llegar al sistema central rápidamente, pero no sin luchar. “Bueno, estábamos

preparando un ataque antes de tu llegada. Sé que no eres bueno en combate, así que—”

“No soy ‘inútil,’” protestó débilmente Braindead. “Soy un hombre de ciencia, no un tirador certero, pero puedo defenderme.”

“No contra robots,” dijo Ryan, mirando a Frank. “Por eso, el Servicio Secreto de los Estados Unidos asegurará tu protección.”

“Estará seguro, señor,” le aseguró el gigante. “¡Ningún presidente murió bajo nuestra vigilancia! ¡Ninguno que importara!”

Por supuesto.

“Voy en camino, Shortie,” le dijo Ryan a su compañero en coma. “Espera solo un momento.”

Revision #1

Created 9 May 2026 15:25:22 by Robert White Mar

Updated 9 May 2026 15:25:26 by Robert White Mar